

**FRANCISCO
GALVÁN**



**DE BUITRES
Y LOBOS**

**Wulfric,
el primer investigador
visigodo de la historia
de la literatura**

En el año 470, Wulfric –uno de los más notables guerreros visigodos– es enviado a Hispania por el rey Eurico con la misión de aclarar unos misteriosos sucesos que obstaculizan los planes del monarca para ocupar toda la antigua provincia romana: desde hace meses desaparecen jóvenes sin dejar rastro, y la población culpa a los pocos visigodos asentados en Hispania de haberlos secuestrado; incluso se rumorea que estos jóvenes son utilizados en ceremonias demoníacas y rituales de canibalismo. En «De buitres y lobos», Francisco Galván narra, en clave de misterio y aventuras, uno de los episodios más trascendentales y menos divulgada de la Historia Antigua de España: la llegada de los visigodos a la Península.

*Entre los actores de este grandioso drama,
existen algunos cuyos nobles caracteres
son dignos de eterna memoria.*

Enrique Bradley
«Historia de los Godos».

I

Tres sombras se movieron en silencio en la oscuridad de la noche. Al amparo de las grandes sabinas, llegaron hasta la tapia de la villa y calcularon su altura mientras uno de ellos extraía de entre sus ropas un bulto perfectamente liado en un paño. Los tres hombres ocultaban sus pálidos rostros con gruesas capas de lana negra para evitar que el resplandor lunar delatara su presencia.

El más alto colocó el bulto en el suelo y con las puntas de los dedos apartó cuidadosamente los extremos de la tela hasta descubrir un gran trozo de apestosa carne envenenada. Se separó dos pasos de la tapia y arrojó la carnaza al interior de la finca. Después se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la cuarteada pared y esperó junto a sus compañeros.

Al otro lado de la tapia se oyeron gruñidos y carreras. Una sorda agitación interrumpió la quietud nocturna. Finalmente, la arrebatña se alejó hacia otro punto de la finca.

–Creo que los perros han apreciado nuestro regalo –dijo con satisfacción el hombre alto–. En unos momentos podremos actuar libremente.

–Cierto, Fabio –afirmó el más menudo de los tres–. Ahora me toca a mí. Acercaos a la pared y ayudadme a subir.

El tal Fabio y el tercer componente del grupo –un individuo ancho y robusto, aunque notablemente más bajo

que los demás— apoyaron sus hombros contra la pared y sirvieron de escala para que el más ligero de ellos trepara hasta lo alto de la tapia. Los ocho pies [30 cmts] de altura de la cerca no fueron un obstáculo para él.

—¿Qué ves, Aureliano? —preguntó el jefe.

El aludido asomó ligeramente la cabeza por encima del muro. Después izó el cuerpo y finalmente se sentó a horcajadas sobre la pared con una pierna por cada lado.

—No veo a nadie, y tampoco a los perros. Creo que todo está tranquilo —respondió.

—¡Perfecto! Vamos, Domicio, es tu turno.

Domicio, mucho más grueso que sus compañeros, se encaramó a los hombros de Fabio y con enormes dificultades ascendió hasta lo alto de la pared y se sentó junto a Aureliano. Sin cruzar palabra, este se dejó caer al interior de la villa y corrió veloz hasta un grupo de setos del jardín. Allí se agachó y permaneció en silencio hasta comprobar que su presencia no había sido advertida por los moradores de la finca. El aroma de las rosas y los jazmines envolvía la noche.

—¿Cómo va todo? —preguntó Fabio al compañero que contemplaba la escena desde su improvisada atalaya.

—Sin problemas —respondió—. Será difícil que lo descubran, se mueve con la agilidad de un gato.

—Eso espero. No me gustaría que ese gato se tropezara con los perros y arruinara toda la operación.

—No te preocupes, los perros deben estar ya más tiesos que la vara de un obispo.

Aureliano abandonó los setos y se dirigió hacia la casa con pasos largos y seguros. Bajo el embozo, el intruso mostraba rasgos afilados, con una nariz larga y puntiaguda, los ojos muy juntos y una mueca en la boca que le mantenía una eterna sonrisa en el rostro. Sonrisa siniestra e inquietante, al decir de sus propios amigos. Y es que Aureliano no era persona para andar con bromas. Había dado de cuchilladas a más de uno solo porque le llevó la

contraria. En cierta ocasión, mientras limpiaba la sangre de su daga en la ropa de una de sus víctimas, justificó su crimen alegando que le exasperaba que lo contradijeran. Prefería acabar los debates por la vía rápida.

Como un fantasma, Aureliano llegó hasta la casa. Tentó el puñal que llevaba bajo la capa y se deslizó en silencio en busca de una ventana que le permitiera acceder al interior. No tardó en ver cumplido su deseo. La enorme tronera de un granero adosado a la edificación principal apareció ante sí, abierta de par en par.

Se encaramó a la ventana y penetró en el almacén. Allí se mantuvo inmóvil hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad casi absoluta del interior. Examinó despacio el lugar. La mitad del silo, a su izquierda, estaba ocupada por paja apilada hasta el techo, sujeta por largas pértigas que impedían que se venciera sobre el resto de la estancia. A su derecha había una puerta. Comprobó que no estaba atrancada y la abrió con cuidado para evitar que chirriara. Volvió a cerrarla tras de sí.

Ya estaba en el interior de la casa. Ahora, pensó, corría el riesgo de que alguien se mantuviera en vela y descubriera su presencia. Aureliano se hallaba en una pequeña habitación repleta de aperos de labranza. Franqueó sin dificultad la puerta de enfrente y alcanzó el peristilo de la villa, un corredor cubierto, con columnas, que discurría alrededor del atrio de la elegante casa de campo. Los macizos de flores que adornaban la base de la mayoría de las columnas potenciaban el agradable aroma de la noche.

La fuente situada en el centro del atrio debía servirle de referencia. Las indicaciones eran precisas y no cabía la posibilidad de cometer un error. Debía dirigirse a la pieza hacia la que miraba la ninfa que coronaba la fuente.

Sin embargo, a esa distancia, unos dieciséis pies, Aureliano no podía distinguir la figurita de bronce, y mucho menos hacia dónde estaba orientada. Se disponía a acercarse a ella cuando oyó un ruido a su derecha. Se quedó

inmóvil. Petrificado. Oculto tras una columna, como una sombra más del peristilo. Por el corredor, una figura con un pequeño candil revisaba cada una de las habitaciones. Dobló la esquina y se encaminó hacia donde le aguardaba la muerte.

Aureliano empuñó la daga y, con todos los músculos en tensión, esperó a que el desgraciado esclavo estuviera a su alcance. Como un resorte, saltó sobre su espalda. Con la mano izquierda le tapó la boca al tiempo que le cortaba el cuello limpiamente con la daga. El esclavo se agitó pero no pudo zafarse. Fue cosa de un instante pasar de este mundo al otro. Ni siquiera soltó el candil.

Aureliano trató de limpiar su daga en la blanca túnica del muerto pero le fue imposible. La sangre había manado a borbotones de la garganta rajada. Ambos estaban empapados. Llevó el cuerpo de su víctima a la fuente. Depositó el cadáver en la pileta con cuidado para evitar chapoteos. Comprobó la posición de la ninfa y lavó la daga.

Halló enseguida la habitación referida. Una liviana cortina de lino cubría la puerta. La retiró despacio y penetró en el interior, pero su pie tropezó con algo. Algo que se removió, sorprendido y soñoliento.

–¿Quién va? ¿Quién es? –balbució.

Fueron sus últimas palabras. Con precisión de carnicero, Aureliano le asestó una cuchillada mortal en el corazón. Antes de cumplir su obsesivo ritual de limpieza, echó un rápido vistazo a su alrededor para comprobar que nadie había escuchado el pequeño incidente. Todo estaba tranquilo. Al fondo de la espaciosa habitación dormía una mujer, echada en el suelo, sobre una delgada estera, y a su lado, en una pequeña cama de madera, descansaba un niño de no más de dos años.

«Espero no tener que matarte a ti también», pensó mientras se cercioraba de que el ama de cría seguía ignorante de su presencia.

Sin dedicar a la mujer más que ese fugaz pensamiento, sacó de entre sus ropas un pequeño pergamino que dejó sobre la cuna. Después tomó en brazos al niño, con cuidado para que no despertara y salió de la habitación camino del jardín. Lanzó una mirada rápida hacia la cerca, para localizar a su compañero Domicio, pero estaba muy oscuro. Continuó con el niño en brazos y cuando apenas le faltaban cuatro o cinco zancadas para llegar al muro, Domicio asomó la cabeza, a su derecha.

—¡Eh, Aureliano, por aquí! —le chistó.

Domicio se colocó de nuevo a horcajadas sobre la tapia y se ofreció para recoger al niño. Aureliano lo izó y se lo entregó a su compañero y este se lo entregó a Fabio, ya fuera de la finca.

—¡Ajá!, misión cumplida. Ya podemos marcharnos —dijo, y emprendió una veloz carrera con el niño entre los brazos hacia el bosquecillo de sabinas.

Aureliano trepó por la pierna de su compañero hasta lo alto de la tapia. Ambos saltaron al otro lado y corrieron tras su jefe.

El niño, alterado por la carrera, se despertó y comenzó a llorar, pero ya era tarde. Fabio le tapó la boca con su manaza.

Al otro lado de los árboles, una figura menuda, en lo alto de una carreta tirada por mulas, aguardaba impaciente. Otros dos hombres embozados lo acompañaban, sentados en la parte posterior. El conductor del carro se puso en pie al escuchar la carrera y enseguida distinguió los rasgos inequívocos de Fabio. No pudo evitar una exclamación de júbilo al ver el bulto que este traía entre los brazos.

—¡Magnífico! Veo que habéis cumplido el encargo a la perfección. ¿Tuvisteis algún contratiempo? ¿Fue todo como estaba previsto? —preguntó el de la carreta, un anciano de cabeza afeitada y profundas arrugas en la cara.

–Podría haber ido mejor si hubiera sabido que un esclavo dormía atravesado en la entrada de la habitación del niño –replicó Aureliano–. Tropecé con él y estuvo a punto de dar la voz de alarma.

–Lo siento, no lo sabíamos –se disculpó el viejo y, tras una breve pausa, en la que pareció buscar las palabras más adecuadas, añadió con malicia–: sin embargo, seguro que habrás sabido resolver esa contingencia con la habilidad que te caracteriza, ¿o me equivoco?

–Puedes estar seguro de ello –respondió Aureliano con mirada desafiante.

Fabio entregó el niño al anciano y este se lo pasó a sus acompañantes, dos individuos jóvenes también con la cabeza rapada.

El viejo arreó las mulas y la carreta se alejó pesadamente por el camino embarrado hasta perderse en la noche.

II

Eurico estaba sentado sobre unos almohadones que le hacían más confortable su pesado e incómodo sillón de madera de roble. Con el cuerpo ligeramente inclinado hacia la izquierda, apoyaba el codo en el grueso brazo del sitial, labrado con motivos latinos que aludían a páginas gloriosas del ya caduco imperio romano. Grandes láminas de oro de las generosas minas de Hispania, adornaban el trono del rey de los visigodos, confiriéndole aún mayor majestad a su imponente figura.

El monarca más poderoso de occidente era muy alto, más que la mayoría de sus vasallos. Una cabeza grande, rematada por una larga melena rubia, no disimulaba su nariz gruesa y algo colorada. El rostro, usualmente pálido, aparecía estos días ensombrecido por la preocupación. Tenía la barba muy arreglada y todos los días se rasuraba cuidadosamente el labio superior. El conjunto de sus rasgos delataba a un hombre inteligente, de fuerte carácter y decidido. Aunque no exento de crueldad. Cuatro años antes había matado a su propio hermano, el rey Teodorico, para poder ceñir sobre sus propias sienes la corona visigoda. El crimen para alcanzar el trono era algo habitual en aquellos tiempos. El propio Teodorico se proclamó rey asesinando a su hermano Turismundo.

Pese a la forma en que accedió a la máxima majestad, Eurico ejercía el poder con justicia y determinación para favorecer a su pueblo y ensanchar el reino. Este último era ahora su principal objetivo.

La puerta del salón se abrió y un cortesano entró con paso resuelto. Su mirada fija en el suelo mientras se acercaba al rey era una demostración evidente de sumisión. Se detuvo en el centro de la estancia y aguardó en silencio a que Eurico hablara.

La sala del trono estaba repleta de esculturas romanas; de grandes cortinajes, que pendían de los altos techos, de bustos esculpidos en mármol con los rostros de emperadores y grandes hombres del Imperio, la mayoría de ellos desconocidos para Eurico y sus acompañantes. Amontonadas en los rincones se podían ver figuritas de maderas nobles, de marfil, de oro y de plata procedentes de los cuatro puntos cardinales. Armas godas embellecían las paredes. Otras, arrebatadas a romanos, hunos, ostrogodos, gépidos, vándalos, suevos y otros pueblos derrotados por los visigodos en su inacabable peregrinar desde oriente, colgaban como trofeos desordenados.

Pero en aquella abigarrada sala, semejante al almacén de un opulento comerciante fenicio, el objeto que ocupaba el lugar preferente era la espléndida mesa del rey Salomón, una monumental joya de oro, perlas, esmeraldas y rubíes que Alarico logró como botín en el saqueo de Roma, sesenta años antes. La mesa, con el nombre del hijo del rey David grabado en lugar destacado, fue llevada a Roma por Tito tras destruir Jerusalén y su templo en el año setenta de la era cristiana.

Sobre la mesa reposaba un magnífico candelabro de oro de siete brazos cuya suerte corrió paralela a la de la joya de Salomón. A los pies de la mesa se hallaba la bandeja de quinientas libras [327,45 gramos] de oro macizo que el general romano Aecio le regaló a Turismundo en agradecimiento por su apoyo para derrotar a Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos.

Esos tres objetos, colocados junto a los grandes ventanales para que los metales y las piedras preciosas refulgieran a la luz del sol, eran un botín lo suficientemente atracti-

vo como para iniciar una guerra. Pero no eran más que insignificantes bagatelas comparadas con el prodigioso tesoro acumulado por el pueblo visigodo en su largo deambular de decenas de años por tierras del Imperio.

Ajenos, sin embargo, a tales riquezas, una veintena de nobles charlaban formando varios corrillos, pero siempre atentos a los gestos del monarca. La guardia de Eurico, cuidadosamente seleccionada por el rey, vigilaba armada con picas para evitar que alguno de aquellos miembros de la clase dominante tuviera la tentación de emular los procedimientos utilizados por el soberano para llegar hasta el codiciado sillón.

El chambelán aguardaba tranquilo en medio del salón real a que Eurico le diera la palabra. Estaba acostumbrado a aguardar y a mantener la presencia de ánimo ante la mirada de los cortesanos, los más nobles del pueblo visigodo. Ya había desempeñado la misma función con Teodorico en la corte de Tolosa, antes de que su hermano y asesino decidiera trasladar la capital a Burdigala [Burdeos].

—¿Ya hemos terminado las audiencias por hoy? —preguntó el monarca.

—En efecto, mi señor. El embajador hérulo era el último por hoy —contestó el mayordomo.

El rey se puso en pie, satisfecho, se recogió el manto de armiño, que le caía pesadamente desde los hombros, y se acercó a su vasallo. A tan escasa distancia se podía apreciar la diferencia de estatura entre uno y otro.

—¿Ha llegado Wulfric? —preguntó el rey acercando los labios al oído del mayordomo en un gesto de confidencia.

Los nobles, demasiado apartados de la escena para escuchar la conversación, seguían con la vista los movimientos del rey, y les extrañó un trato tan familiar en el monarca, que solo se permitía actitudes semejantes con algunos de los más destacados miembros de su clan, los Baltos [la nobleza visigoda estaba dividida en dos familias principales, los Baltos y los Amalos].

–Hace rato que espera en la antesala, mi señor –contestó el chambelán en el mismo tono quedo y confidencial.

–¡Muy bien! –exclamó.

Se giró para dirigirse de nuevo hacia el trono mientras se frotaba las manos con complacencia.

–Hazlo pasar y que salga todo el mundo de aquí. Incluida la guardia –dijo.

El chambelán asintió con la cabeza, y, con palabras suaves pero enérgicas, pidió a los presentes que desalojaran la sala. Los nobles, remolones, fueron saliendo lentamente. Un ademán con la mano en alto al jefe de la guardia, situado detrás del sillón real, fue suficiente para que los soldados también se marcharan.

Poco después de salir el último de los guardias, la puerta volvió a abrirse. El chambelán se quedó a un lado e hizo gestos impacientes a alguien para que entrara. Wulfric franqueó el dintel, adornado con dos enseñas suevas cruzadas, y se detuvo al tiempo que la puerta se cerraba tras él.

El invitado de Eurico era un visigodo alto, aunque no tanto como el rey, con su largo cabello rubio recogido en una coleta con una sencilla cuerda de cuero. Sus ojos azules, casi grises, destacaban sobre un rostro moreno, atezado por el sol. Dos mechones de cabello rizado que caían desde las sienes le cubrían parcialmente las orejas, adornadas con aros de oro. Una vieja cicatriz que el paso del tiempo no lograba borrar discurría paralela sobre su ceja izquierda. Wulfric, con la cabeza descubierta en señal de respeto hacia el monarca, sostenía en la mano izquierda un sencillo casco de bronce. En esa misma mano se podía apreciar que le faltaba la primera falange del dedo anular. Vestía al modo romano, con una túnica corta de lana de color rojo, calzones a juego, botas de cuero casi hasta las rodillas, con cordones, y el tradicional manto visigodo, sujeto al hombro por un broche de plata en forma de cabeza

de lobo, con ojos de vidrio rojo. Del grueso cinturón de cuero que ceñía su talle faltaban la espada y la daga, requeridas amablemente en la antesala por el jefe de la guardia.

–Bienvenido, Wulfric. Me alegró de verte –le saludó afectuosamente Eurico, poniéndole las manos sobre los hombros.

–Yo también me alegro de verte, mi señor.

–Te preguntarás por qué te he hecho venir desde Rávena con tanta urgencia –sin dejarle responder, el rey lo cogió del brazo y se lo llevó suavemente hacia una de las grandes ventanas del salón del trono–. Quiero encargarte una misión muy delicada. No conozco a otra persona que pueda llevarla a cabo que no seas tú.

–Me halaga tu confianza, mi señor. Sea la que sea, trataré de cumplirla lo mejor posible. Sabes que puedes confiar en mí, como siempre.

El rey sabía perfectamente que su vasallo hablaba con verdad. Ya había demostrado su fidelidad en innumerables ocasiones. Desde que con catorce años –un año antes de adquirir la mayoría de edad– intervino en la batalla de los Campos Cataláunicos, en la que los hunos del temido Atila y sus siervos ostrogodos fueron derrotados por las fuerzas aliadas de visigodos, romanos, francos y alanos, Wulfric se había convertido en uno de los guerreros más queridos de su pueblo y había sumado la aureola de héroe a la fama que ya gozaba desde el momento mismo de su nacimiento. Este aprecio no se había difuminado ni un ápice durante los dos últimos años en que había desempeñado tareas diplomáticas en Rávena, capital del decadente imperio romano de Occidente.

–Irás a Hispania –dijo Eurico mientras se apoyaba en una de las columnas que flanqueaban el ventanal.

El rey fijó la vista en el horizonte, como si desde allí alcanzaría con su vista las tierras que acababa de mencionar. Abajo, a sus pies, el río Garumna [Garona] discurría turbio

y servía de protección natural al palacio, sede circunstancial de la monarquía visigoda. A sus espaldas, Burdigala, cada día más poblada y cosmopolita, se extendía por el valle. Pululaba por sus calles una multitud de comerciantes, artesanos, campesinos, clérigos, guerreros, embajadores, arribistas de toda especie, soldados de fortuna, leguleyos galorromanos venidos a menos y nigromantes de mil confesiones. La capital del reino visigodo era el punto de referencia para todo aquel que aspiraba a mejorar sus condiciones de vida en un mundo empobrecido, sin el esplendor y la seguridad que Roma había garantizado durante siglos.

—Tu misión en Hispania es muy importante. Decisiva para el futuro de nuestra nación —subrayó el monarca levantando al tiempo el dedo índice y sus espesas cejas—. Ninguna de tus muchas hazañas en el campo de batalla te será tan agradecida como esta que te voy a encomendar si la resuelves con éxito.

El rey se giró bruscamente y dio unos pasos hacia el centro de la sala.

—¿Juegas a los dados, Wulfric? —preguntó.

—Soy mal jugador.

—Mejor, así tu rey conseguirá una nueva victoria. Ven, sentémonos allí —ordenó Eurico señalando una pequeña mesa baja de mármol que había en un rincón.

Antes de tomar asiento, el rey se soltó el manto y lo echó descuidadamente por encima de uno de los bustos más próximos.

—¿Sabes quién es ese? —preguntó Eurico indicando con la cabeza el mármol oculto por el armiño—. Es el emperador Constancio. El único que reconozco de todos los que están aquí. Él conoció a Wulfila, el obispo de los visigodos, convivió con él y le facilitó su tarea. A Constancio debemos, pues, que nuestro pueblo viva en la verdadera fe arriana, pese a las muchas presiones que hoy sufrimos